

REFLEXIONES SOBRE LA LECTURA

Margarita Drago*

Con el propósito de conocer los conceptos sobre qué es leer y para qué leemos, elaboré una encuesta dirigida a mis estudiantes de York College, los del curso de composición básica en lengua española. Me interesaba saber cómo habían sido sus primeros contactos con la lectura y sus experiencias en las escuelas primaria y secundaria. Pensé que indagar en el pasado me ayudaría a comprender sus actuales inclinaciones y preferencias y a encontrar posibles causas al rechazo y el tedio que en algunos de ellos produce la lectura. Elaboré una serie de preguntas:

- ¿Qué es leer para ti?
- ¿Te gusta leer?
- ¿Para qué lees?
- ¿Cuándo lees?
- ¿Con qué libro aprendiste a leer?
- ¿Qué leías en la escuela primaria?, ¿en la secundaria?
- ¿Te gustaba la clase de lectura?
- ¿Te gusta la selección de lecturas de la clase de español?, ¿la encuentras interesante, aburrida, entretenida, enriquecedora?
- ¿Qué te gustaría leer en clase?
- Si tuvieras que dar un consejo a tus maestros (de escuela elemental, secundaria y universidad), ¿qué les recomendarías para que los estudiantes despierten gusto y sientan placer por la lectura?

Para la mayoría de mis estudiantes leer es aprender qué dicen y cómo piensan otros. Leen para adquirir conocimientos, para instruirse y para saber qué pasa en el mundo. Algunos afirman que la lectura amplía el vocabulario, facilita el aprendizaje de la lengua y mejora la escritura. Otros dicen que la lectura es una puerta para la imaginación. Después de leer varios relatos en español, una jovencita descubrió las diferencias entre la lengua oral y la escrita; “aprendí que no se escribe como se habla”, dijo asombrada. Muy pocos leen por placer; asocian la actividad con la disciplina escolar. Sin embargo, la mayoría disfrutó las lecturas de la clase. Después de analizados y comentados los textos, expresaron su interés por los temas y propusieron leer a otros autores. No me sorprendió que los estudiantes, en su mayoría jóvenes de veinte años, no recuerden cómo aprendieron a leer. Una estudiante dijo que leía letras. De los maestros de escuela secundaria, algunos sí guardan recuerdos, en especial de aquellos que los expusieron a la literatura. En general, las prácticas y experiencias de mis estudiantes en el nivel elemental y superior han sido intrascendentes; peor aún,

* Argentina radicada en los Estados Unidos. Profesora de educación bilingüe, de lengua española y de literatura hispanoamericana en el York College, The City University of New York. Dirección electrónica: Mariondra@aol.com.

tediosas, aburridas y sin sentido o relación con sus vidas. Con respecto a la selección de lecturas del curso, todos respondieron que las disfrutaron por lo entretenidas, controversiales y enriquecedoras. Después de leer **Querido Diego, te abraza Quiela**, la novela corta de Elena Poniatowska, y "Los ojos lindos de Adela", cuento de Sonia Rivera-Valdés, la mayoría de las jóvenes manifestaron su inquietud por leer más narrativa, sobre todo de mujeres hispanas que traten temas de la vida "real" y "moderna", dijeron. Finalmente, comentamos las recomendaciones y sugerencias que proponen a profesores y maestros. Todos reclaman participación; piden diálogo abierto para conversar sobre sus inquietudes, intereses y necesidades. Varios plantean tomar parte en la planificación del curso y la selección del material de estudio. Sugieren a profesores y maestros que den clases divertidas, animadas, que promuevan el intercambio de ideas y discusiones polémicas. Tres jóvenes expresaron lo importante que es para ellas que los profesores/as les enseñen a pensar, y que las lecturas y las conversaciones de clase se orienten hacia la comprensión de la vida.

Cuando se acabó la clase y la extendida charla generada por la encuesta, quería saber lo que habían escrito los estudiantes. Mientras leía en el tren, camino a casa, me remonté a mis primeras experiencias de maestra. Recordé a mis alumnos de los primeros grados y mi afán juvenil por enseñarles a leer cantando y recitando los poemas infantiles que mi maestra de primer grado me había enseñado. "El lagarto está llorando" y "La canción tonta" de Federico García Lorca, las rondas infantiles de Gabriela Mistral, "El sapito glo, glo, glo", de Germán Berdiales. Los recuerdos fluían dulces y acompasados. Platero llegó a mi memoria y con él las imágenes que acompañaban mis lecturas de tercero y cuarto grado. "La niña chica", "El canario se muere", "Susto", la muerte del borrico. Volví a **Chico Carlo**, de Juana de Ibarbourou. Recordé cuando leía "La mancha de humedad" con mis alumnos y cuando jugábamos a descubrir figuras en las manchas que el agua filtrada formaba en las paredes del salón de clase. La lectura me llevó a mis juegos nocturnos de niña y a las imágenes que me sugería la mancha de humedad que había en mi cuarto. Recordé los **Cuentos de la selva**, de Horacio Quiroga y **Marianela**, de Benito Pérez Galdós. Reviví el placer apasionado que me provocaba recitar los poemas de Alfonsina Storni o las rimas de Gustavo Adolfo Bécquer. Me acordé de las fábulas y, en particular, sus moralejas, la de "El pastor mentiroso" y la de "La lechera". Recordé nostálgica las leyendas del litoral argentino y mi predilección por Anahí, la india quemada viva y transformada en seiba ante el asombro del conquistador. Las imágenes de los cuentos y poemas que leía de niña se sucedían en mi mente como en una pantalla cinematográfica. Un hilo invisible iba hilvanando escenas. Y siempre la recurrencia a la infancia. Las lecturas de los primeros grados me habían abierto una ventana al mundo, "una puerta a la imaginación".

La encuesta que llevé a cabo con mis estudiantes de York College me indujo a pensar en los años de infancia, en mis primeros contactos con el mundo mágico de la literatura. De la mano de la señorita Olga, mi maestra de primaria, aprendí a leer, a jugar, a explorar el mundo y a descubrir mis tesoros, los maravillosos tesoros del alma humana.